



El Imperio Transexual: Introducción – Janice Raymond [Traducción].

Comentada por OSVALDO BUSCAYA

El Imperio Transexual, conforma lo característico del transexual ecuménico perverso patriarcado, en la inamovible conformación de su estructura psíquica, determinada por los lineamientos de la influencia directa del proceso edípico, sus excitaciones y sus consecuencias, que coagulan en su **irreversible perversión y ambigüedad sexual**. No

es posible ninguna modificación

del transexual ecuménico patriarcado, que pretende acordar una suerte de igualdad con la mujer; debiéndose excluir totalmente la posibilidad en el futuro, de tamaña pretensión. La sintomatología de

la transexual ecuménica civilización patriarcal descubre, constantemente, el origen de una influencia alterada de su vida psíquica sobre el enfoque de lo femenino, exteriorizada por tensiones y relajamientos que desembocan fácilmente en la **"transexualidad"**. El

transexual ecuménico perverso **"movimiento anímico"**, pero, son todas conocidas las extraordinarias alteraciones somáticas agresivas, en la expresión facial, el estado de excitación muscular voluntaria, etc., que pueden producirse bajo la influencia del miedo, la ira, del éxtasis sexual que lo

enfrente a lo femenino. Siempre, en tiempos pasados y en el presente, el transexual ecuménico patriarcado ha practicado el sometimiento de la mujer. Si comprendemos como tal, los esfuerzos encaminados a despertar en la mujer las condiciones y los estados psíquicos favorables a someterla, entonces esa forma metodológica transexual patriarcal es históricamente la más antigua. Los pueblos primitivos nunca dejaban de apoyar el efecto y las maniobras del varón por medio de su **irresoluble perversión y ambigüedad sexual**, con las formulaciones mágicas, las abluciones purificadoras, los sueños proféticos, los ceremoniales exclusivamente en manos de los sacerdotes. Lo eclesiástico creabase y crea un respeto derivado directamente del poder divino. Así, entonces como ahora, prosigue el transexual ecuménico perverso "**magia de la palabra, transexualidad**"; como medio más poderoso que permite al varón influir sobre la mujer. La palabra "**transexualidad**" es un excelente recurso para despertar movimientos anímicos en la mujer y por eso ya no nos parecerá tan enigmática la afirmación; que la palabra pueda eliminar toda clase de pretensión de lo femenino, particularmente aquellas que reposan a su vez en sus ansias de liberación.

Buenos Aires

Argentina

29 de septiembre de 2022

Oswaldo V. Buscaya (OBya)

Psicoanalítico (Freud)

Doblepensar: Introducción – Janice Raymond [Traducción]

Traducción libre: Anna Prats

Libro: Doublethink. A Feminist Challenge To Transgenderism (2021)

Lo único que se necesitaba era una interminable serie de victorias que cada persona debía lograr sobre su propia memoria. A esto le llamaban «control de la realidad». Pero en neolengua había una palabra especial para ello: «doblepensar».

George Orwell, 1984

Escribí *El Imperio Transexual*, publicado en 1979, por varias razones. Inicialmente fue mi tesis doctoral. En aquella época, a principios de los 70, el movimiento feminista por la salud de las mujeres estaba evolucionando y, en el proceso, desafiaba muchas prácticas médicas que eran dañinas para las mujeres como las histerectomías innecesarias.

Gran parte de mis clases, escritura y activismo en aquel momento estaba enfocado en el uso de las tecnologías que eran destructivas para los cuerpos y mentes de las mujeres, como por ejemplo las tecnologías de control y modificación del comportamiento como la psicocirugía (antes llamada lobotomía) y la terapia de electrochoque. Mis primeras investigaciones y activismo me llevaron a cuestionar las consecuencias médicas de las mutilaciones corporales inherentes a la cirugía transexual y los efectos perjudiciales de tomar hormonas de por vida.

Aunque en aquella época eran sobre todo hombres los que se sometían a intervenciones de transexualidad, sospeché que la transexualidad, y más tarde su iteración más reciente del transgenerismo, podrían cambiar la vida de las mujeres de manera que intentarían borrar a las mujeres y marcarnos con palabras que fuesen ofensivas para nuestros oídos. Pero nadie hubiera imaginado que los activistas transgénero tendrían la desfachatez de renombrarnos como "mujeres cis", "TERFS" (feministas radicales transexcluyentes), "agujeros delanteros", "útero-portantes", "productoras de óvulos", "lactadoras", incluso "no-hombres" e, irónicamente, se quedarían la palabra "mujer" para ellos. Incluso las clínicas de aborto han sucumbido a modificar su declaración de objetivos de servicio de "mujeres embarazadas" a "personas embarazadas".

Algunas críticas de *El Imperio Transexual* me llamaron conspiracionista porque el título incluía la palabra "imperio". El título tenía el objetivo de destacar la industria del género de asesoramiento, cirugía y tratamientos hormonales, una industria que despliega una horda de cirujanos generales, cirujanos plásticos, endocrinos, ginecólogos, urólogos y psiquiatras al servicio de asegurar que la persona trans-identificada pueda "pasar" por ser del sexo deseado, lo que significa someterse a los roles sexuales patriarcales.

La medicalización de la insatisfacción de género que describí entonces se ha expandido exponencialmente a día de hoy hacia el complejo industrial de la identidad de género construido sobre la medicina, las grandes empresas farmacéuticas, las grandes fundaciones, los grandes centros de investigación, algunos adjuntos a grandes universidades. Financiadores como George Soros y Jennifer Pritzker están dotando al movimiento trans de tremendos recursos, ayudando a subvencionar una vasta operación que dota al transgenerismo de peso legal y político. Aunque la población trans es reducida, no es un movimiento marginal carente de financiación, sino una campaña global ampliamente financiada que ha ayudado a garantizar leyes que permiten la ideología y las prácticas trans en muchos países.

A finales de los años 80, los activistas trans empezaron a desafiar la posición feminista de que la transexualidad promovía la conformidad a roles sexuales regresivos. Los defensores de la transexualidad afirmaban que eran las personas trans-identificadas quienes planteaban un desafío radical al género, transgrediendo las expectativas de género y los límites rígidos de los roles sexuales binarios sometiéndose a tratamientos hormonales y cirugías que les prometían cuerpos que se pareciesen al sexo opuesto.

En los años 90, los activistas trans empezaron a apropiarse de la identidad "hombre" o "mujer" simplemente por autodeclaración. La cirugía y/o hormonas ya no eran necesarias para transicionar.

La gente a veces me pregunta, "¿Por qué tanto alboroto con la transición?" y "¿Por qué es un tema tan importante, especialmente en el esquema de cuestiones urgentes que preocupan a las feministas?". Tal y como lo vi entonces y lo veo ahora, la transexualidad y el transgenerismo plantean cuestiones sobre qué es el género y cómo desafiarlo, cuestiones que se han vuelto más críticas de plantear y responder en este *ethos* de expansión del transgenerismo, una ideología y una práctica que promueven una "identidad de género" diferente al sexo con el que la persona nace.

En la nueva ola del transgenerismo, el género se vuelve biología. En lugar de reconocer que el género es un constructo social y político, los defensores de lo trans defienden que es un asunto personal de autoidentificación por declaración, con o sin tratamiento hormonal y/o intervención quirúrgica, un interruptor biológico que puede encenderse o apagarse a voluntad. Pero el género no es una fuerza de la naturaleza, como declaran los defensores de lo trans. Se puede moldear para que encaje en el poder patriarcal dominante, y eso es lo que está sucediendo actualmente con la ideología transgénero extendiendo su influencia sobre casi todas las instituciones, incluyendo el deporte, la educación, la ley y el gobierno.

Mirando hacia el futuro desde 1979, preveía que los pocos centros de identidad de género universitarios y hospitalarios que trataban a transexuales adultos aumentarían y se convertirían en centros de control de los roles sexuales para niñas y niños que se desviaban de los roles sexuales tradicionales. Escribí: "Estos centros de identidad de género ya se están utilizando para el tratamiento de niños y niñas designados como transexuales". En Estados Unidos, a día de hoy, la cifra que se cita habitualmente es la de más de 60 clínicas de identidad de género que tratan la "disforia de género" en la infancia. El proyecto de mapeo de género ha desafiado recientemente esa cifra y ha localizado más de 300 clínicas en toda Norteamérica, la mayoría en Estados Unidos (The Gender Map, 2021).

La medicalización actual de niñas/os pequeñas/os es un escándalo generalizado. Gran parte de los menores que a día de hoy buscan tratamiento transexual/transgénero son niñas. Debido al modelo médico que todavía rige el tratamiento de menores en las clínicas de identidad de género, no es sorprendente que los medicamentos como los problemáticos bloqueadores de la pubertad, seguidos de las hormonas de sexo cruzado, se hayan vuelto aceptables, sin prácticamente ninguna oposición por parte de la comunidad médica.

La buena noticia es que muchas niñas que se sometieron a estos tratamientos, a diferencia de los niños, están detransicionando y convirtiéndose en críticas del transgenerismo.

La autodeclaración se ha convertido en la ideología dominante de los hombres que insisten en ser confirmados como mujeres y están ahora liderando la campaña para obtener reconocimiento legal. Su mantra es que si tú te autoidentificas como una mujer, debes ser tratado como tal o, de forma más sencilla, "los hombres pueden convertirse en mujeres". En un capítulo de *El Imperio Transexual* titulado ["Safo mediante cirugía"](#), mencionaba que los hombres que afirmaban ser mujeres también afirmaban ser "lesbianas trans".

Antes de empezar a escribir este libro me lo pensé mucho, sabiendo que el enjambre de detractores trans volvería a picarme alegremente, solo que esta vez sería más venenoso. Tuve que ponerme al día sobre los asuntos, la ideología y las prácticas del movimiento transgénero actuales; no es que los mensajes de odio y la censura que había recibido personalmente hubieran cesado en algún momento, pero me dediqué a otros asuntos de las mujeres que mantenían ocupados mi mente, mi tiempo y mis escritos.

Este libro no es *El Imperio Transexual 2*, pero no podría haberse escrito sin el 1. Trata mucho más sobre las niñas y mujeres que están transicionando y detransicionando, mientras que en los años 70 y 80 eran muy pocas las mujeres que se volcaron en la transexualidad y recurrieron a las hormonas y a la cirugía.

Este libro va sobre las mujeres jóvenes que han sido sometidas a violencia sexual en los círculos LGTB+. Ellas son valientes supervivientes de violencia trans contra las mujeres, que han elegido hablar públicamente sobre los daños y han desafiado al silenciamiento y la censura que impera en estas comunidades en cuanto a la explotación sexual de las mujeres. Esta violencia está siendo ignorada y silenciada por las organizaciones LGTB+ *mainstream*, que solo llevan la cuenta de la violencia experimentada por hombres que se identifican como mujeres.

Este libro también trata sobre la biologización de las ilusiones, es decir, las obsesiones trans que se fijan en las formas que permitirían a los hombres menstruar, quedarse embarazados y lactar. Y este libro también va sobre la neolengua trans que nos despojaría de la propia palabra "mujer", pero que mantendría esta palabra para las mujeres autodeclaradas, renombrando a las mujeres natales como mujeres cis, menstruadoras y agujeros delanteros.

Historia personal

Probablemente tenga el distintivo de ser la primera a la que llamaron TERF, un dudoso título ahora compartido con cualquiera que sea crítica de género o abolicionista.

Con la llegada de internet, los activistas trans se desvincularon de la ética a medida que acaparaban podios digitales, vomitaban insultos y marcaban a cualquier crítica de género como transfóbica y culpable de un crimen de odio por repudiar la doctrina transgénero de que los hombres podían convertirse en mujeres. La censura se convirtió en el primer recurso de los activistas trans dirigida principalmente a las críticas feministas, pero también a cualquier terapeuta, investigadora o periodista que disintiera conscientemente del canon transgénero.

Hizo falta que los activistas trans atacaran a los hombres que habían escrito algunas críticas moderadas al transgenerismo para que la opinión pública tomara conciencia de la misoginia, las amenazas arrojadas por ciber-trolls y el silenciamiento que muchas feministas radicales han experimentado durante años. Cuando Jesse Singal escribió en 2016 un

artículo en el *New York Magazine*, el escritor Julian Vigo le contactó para preguntarle si había sido acosado. Él respondió: "Soy hombre, así que solo he recibido una pequeña fracción del acoso que reciben las mujeres". Más recientemente, Singal ha estado recibiendo más de una fracción del acoso trans a través de una campaña de mentiras sobre él en Twitter (Kay, 2021).

Para mí, la censura ocurrió desde el primer momento. A inicios de los 70, como estudiante de posgrado, había solicitado una beca para estudiar y escribir el ensayo que se convertiría en *El Imperio Transexual*. Una prestigiosa fundación estadounidense me contactó para decirme que me habían concedido la beca y que solo necesitaban algunas firmas administrativas. Como una de las bonificaciones de la beca era un seguro médico pagado, me pidieron cita para una revisión médica, algo estándar del proceso de solicitud del seguro, una revisión que pagaron ellos y a la que me sometí rápidamente. Algunas semanas después, una colega que trabajaba en la fundación y que había respaldado mi solicitud me informó que la facultad asociada a una relevante clínica universitaria de identidad de género en la que había llevado a cabo algunas entrevistas se había quejado de que mi investigación podía amenazar su trabajo. Fue un cumplido ambiguo, y no hace falta decir que me denegaron la beca.

En 1995, un trans-identificado mujer se puso en contacto con la *Columbia Teachers College Press*, con sede en Nueva York, que había reeditado *El Imperio Transexual*, acusándome de haber omitido "deliberadamente" el prefacio de la edición original del libro en la nueva edición. El denunciante escribió que yo era culpable de "mala praxis académica", una acusación fantasiosa, alegando que la versión de 1994 no era una copia fiel de la edición original. Las editoras del *Teachers College* le respondieron diciendo que había sido su decisión quitar el prefacio original de la reimpresión de 1994 por razones de extensión que permitirían incluir una nueva introducción.

Lejos de ser disuadido, el acusador trans contactó con mi universidad reiterando la fatua acusación de "mala praxis académica" y tratando de conseguir una audiencia disciplinaria que confirmaría la descabellada

denuncia de mi "fraude académico". Después de que un decano me dijera que la universidad llevaría a cabo una investigación, le contesté que la editorial ya había hecho una y que se había responsabilizado de la omisión del prefacio. Añadí que me vería obligada a buscar asesoramiento legal si la universidad procediera a realizar una investigación redundante de una reclamación tan frívola. El decano revocó rápidamente su decisión y escribió una respuesta al acusador trans en la que afirmaba que el "canal apropiado para tal expresión no es una audiencia disciplinaria... sino el mercado académico de las ideas".

También durante este periodo experimenté mi primera protesta masiva organizada por activistas trans en la librería feminista de la Ciudad de Nueva York, mientras presentaba otro libro sobre la materia de las nuevas tecnologías reproductivas. Me sentí muy amenazada por la columna de manifestantes, especialmente cuando entré y salí de la tienda. Y fui objeto de muchas protestas de este tipo dondequiera que hablé a partir de entonces. Con la llegada de internet, una fosa séptica de veneno se hacía viral contra cualquiera que disintiera de la biblia transgénero, y yo empecé a recibir correos electrónicos desagradables.

Después de más de 40 años disintiendo de las ortodoxias transgénero, me enteré de que el Programa de Estudios de las Mujeres (ahora renombrado como Estudios de las Mujeres, Género y Sexualidad) en el que había dado clases durante 28 años había publicado este mensaje en su página web:

Debido a la persistencia de los legados del feminismo radical trans-excluyente, incluida su presencia en la historia de los Estudios de la Mujer en la Universidad de Massachusetts en Amherst, y en respuesta a las peticiones de aclaración sobre esta cuestión de las comunidades trans en la UMass y en el Valle Pioneer, [...] rechazamos categóricamente la transfobia en nuestro departamento, en nuestro campus y en nuestra disciplina.

Aunque ya me había retirado de la Universidad en el año 2002, esta disculpa por mi presencia sin especificar en el departamento sonó como la sentencia de una hereje en su retrasada ejecución. No nombraban a la

“feminista radical trans-excluyente” probablemente por motivos legales, pero era claramente obvio, ya que nadie del departamento de historia estaba remotamente identificada con el feminismo radical, o con la investigación y la escritura que desafiaran los principios sagrados de la transexualidad o del transgenerismo.

Y el resto es historia, como se suele decir, una historia de intentos de silenciamiento allí donde hablaba y múltiples amenazas de violencia online contra mi persona. Lamentablemente, esto no es una novedad para ninguna feminista o crítica de lo trans que haya expresado su desacuerdo con el dogma trans de que los hombres pueden convertirse en mujeres mediante cirugía, hormonas o autoidentificación.

El paraguas trans y sus palabras, acrónimos y argumentos

El paraguas trans incluye a transexuales preoperados y postoperados, a quienes hacen travestismo o dicen que son género no binario, a quienes exhiben cualquier tipo de identidad o comportamiento que se autointerpreta como del otro sexo y quienes simplemente “sienten” que son miembros del sexo opuesto. Algunos/as buscan un cambio hormonal y quirúrgico y, otros/as, un cambio de vestimenta y de pronombres.

Combinado con una sociedad que está inundada de las fantasías del entretenimiento popular y la realidad virtual, la ficción de convertir a los hombres en mujeres y a las mujeres en hombres se vuelve “un hecho”. La periodista británica Helen Joyce señala que las estimaciones de quienes se identifican como transgénero son pequeñas y pueden incluir a hombres que son “travestis a tiempo parcial”. Enfatiza que muchos de estos hombres no se han sometido a ninguna alteración corporal y no sufren de lo que se llama disforia de género (Joyce, 2020).

Cuando se está al tanto de quienes forman parte de esta comunidad “acrónima”, se descubre que hay un sinfín de palabras y formas abreviadas que se utilizan como identificadores, como “asignada mujer al nacer” (AFAB, por sus siglas en inglés), o su opuesto, “asignado hombre al nacer” (AMAB, por sus siglas en inglés), o LGBTQQIAAP. La mayoría de nosotras sabe lo que significa LGBT, pero QQIAAPP hace referencia a

"Queer", "Questioning", "Intersexual", "Aliados", "Asexual", "Pansexual"; cualquiera que sean las siglas predominantes del momento. Quienes los usan ven estos acrónimos como declaraciones políticas que implican que no quieren ser inmovilizados como "binarios", o simplemente identificados por sus preferencias sexuales, Y luego está el acrónimo lleno de odio, TERF.

A menudo uso el término "género" de forma intercambiable con "transgénero". En su perspicaz libro *Gender Hurts*, Sheila Jeffreys narra la historia de la comprensión feminista de género y de su inversión. Antes de que la palabra género fuese ampliamente adoptada, "el término que se usaba de forma más habitual para describir estas características construidas socialmente era 'roles sexuales'" (Jeffreys, 2014. pág. 4). Este fue el término que utilicé a lo largo de mi primer libro sobre la transexualidad.

Jeffreys observa que el término "roles sexuales" no es tan susceptible "al tipo de corrupción que ha afligido al término 'género' y que ha permitido que los activistas transgénero lo utilicen con tanta eficacia". Gradualmente, las feministas extendieron el término género no solo para enfocar el comportamiento socialmente construido, sino en lo que se llamó "el sistema de poder masculino y de subordinación femenina mismo, que se conoce como la 'jerarquía de género' u 'orden de género'" (Jeffreys, 2014, pág. 4).

A medida que los términos "dominación masculina" y "subordinación de las mujeres" dejaron de estar de moda, los agentes de la opresión de las mujeres se volvieron invisibles, como si fuera poco político mencionar a los hombres, y especialmente a los hombres que se presentaban como mujeres. Jeffreys escribió que la palabra "género" se convirtió en un eufemismo que hizo desaparecer a los hombres como los agentes perpetradores de la violencia contra las mujeres. También hizo desaparecer el término "violencia contra las mujeres", ahora generalmente referida como "violencia basada en el género". Esto permitió que los documentos oficiales y formularios cambiaran "sexo" por "género". Como

dice Jeffreys, el género se convirtió en un "sustituto para el término 'sexo' como si el 'género' en sí mismo fuese biológico" (Jeffreys, 2014, pág. 5).

Hay otras palabras en el vocabulario trans, algunas de las cuales han llegado a los medios de comunicación masivos, que son insultantes para las mujeres. "Mujer cis" significa mujer natal, pero los extremistas trans ni siquiera quieren reconocer que las mujeres somos simplemente mujeres. Parece que solo los hombres autodeclarados pueden afirmar ser mujeres a secas. El léxico trans está lleno de otras palabras que son ofensivas para los oídos de las mujeres como "menstruadoras", personas con "agujeros delanteros" y, mi favorita, "no-hombres".

Nótese que no hay modificadores similares que se apliquen a los hombres. Rara vez he escuchado el término hombre cis, y nunca los términos "agujeros traseros" y "no-mujeres". Y no hay un acrónimo como TERM que etiquete a los hombres radicales trans-excluyentes.

Se ha vuelto políticamente correcto para los participantes de foros de debates progresistas identificarse a sí mismos especificando qué pronombres prefieren. Cada persona puede elegir de un conjunto siempre cambiante de pronombres de género o neutros preferidos (PGPs) como "él", "ella", "elle", "ze" o "zie". Como afirma un directivo, "Nunca jamás te refieras a una persona como 'ello', o 'él-ella' (a menos que elle te lo pida específicamente". Los presidentes de universidades están incluso firmando sus cartas estipulando sus pronombres preferidos. Oscar Wilde habría dicho que esta gente se "excita léxicamente" con los pronombres.

El "necrónimo" implica que no podemos hacer referencia a la vida pretrans de nadie. Hacer uso del necrónimo se ve casi como un acto criminal que merece algo de la peor furia trans. Y eres culpable de "*misgendering*" si te atreves a llamar a una transicionada "ella" por el pasado "él", especialmente si lo has hecho intencionalmente para indicar que ningún "él" puede convertirse en una "ella. Vertiginoso, ¿no? ¡Y yo era profesora de inglés en una vida pasada!

Muchas personas saben que las autodeclaradas mujeres no son idénticas a las mujeres natales pero no lo dirán públicamente porque temen ser rechazadas como TERFs, intolerantes u opresoras de las personas trans-identificadas. Algunas personas me han expresado este miedo de forma privada en varios foros o en correos electrónicos diciéndome: "Admiro tu valentía", pero luego confiesan que no pueden desafiar abiertamente la ideología trans ya que tienen mucho que perder y miedo a ser llamadas tráfobas. El número de personas e instituciones que han llegado a aceptar las amenazas y el acoso transgénero como algo normal cuando está dirigido a las críticas trans, especialmente a las feministas, han apuntalado la campaña trans al demonizar la oposición feminista radical y etiquetarla como tráfoba.

Siempre he sido crítica de la palabra "fobia", definida como un miedo irracional o persistente hacia alguna cosa o situación, pero habitualmente mal utilizada para señalar odio de un grupo en particular. Las críticas radicales del transgenerismo no tienen miedo de las personas trans-identificadas ni tampoco las odian. Como ha dejado claro Suzanne Moore, "Le tememos a lo que siempre le hemos temido: a la violencia masculina, independientemente del cosplay que elija. Tememos perder nuestros ingresos. Tememos que el ser mujer sea un lugar tan aterrador que algunas jóvenes se mediquen para salir de ella" (Moore, 2020).

Lo que odiamos es la violencia, perpetrada por muchos autodeclarados mujeres y sus aliados, contra las mujeres que rechazan la ideología trans y propuestas sexuales indeseadas.

"Tráfoba" es una palabra fácil de lanzar a alguien porque la etiqueta se pega. Etiquetar a una persona de tráfoba parece estar a la misma altura que racista o fascista. Cuando las etiquetas convierten a las personas en espectadoras temerosas incapaces de expresar una opinión honesta, no sólo los individuos sino también las instituciones tienen permiso para despreciar a las mujeres, y los gobiernos se envalentonan para redactar (y aprobar) leyes que codifican la tiranía de género y borran los derechos de las mujeres. Muchas personas quieren seguir en la ignorancia, no la

ignorancia de la inocencia, sino una ignorancia escogida que quiere no saber.

Siempre me ha parecido condescendiente cuando personas inteligentes advierten, en un debate sobre el transgenerismo, que debemos distinguir entre extremistas trans y la supuesta mayoría de personas trans-identificadas que no participan en ataques sobre las mujeres. Pienso en las múltiples veces que las feministas han sido reprendidas por hablar sobre la misoginia y, de forma predecible, alguien insistía en que "no todos los hombres son así". O nos acusaban de odiar a los hombres cuando el problema real es el odio contra las mujeres.

Las feministas críticas de género saben que la comunidad transgénero no es un grupo monolítico. Por supuesto, los trans misóginos no representan la visión de todo el mundo. Un número de personas trans-identificadas y sus aliados, pero no los suficientes, han criticado la misoginia en sus propias comunidades. Sin embargo, el número creciente de ataques cibernéticos y físicos de trans hacia mujeres y lesbianas, y la evolución de la teoría trans que apoya estos ataques, han llegado a definir los objetivos políticos del movimiento trans.

¿Cuestión de educación?

La gente dice que simplemente quiere ser educada al utilizar el lenguaje que las personas trans-identificadas usan para sí mismas. El periodista y profesor Robert Jensen relata que al conversar con quienes usan este razonamiento, ellos se esfuerzan por no herir los sentimientos de las personas trans. "La sensibilidad hacia los demás es apropiada, pero ¿debería prevalecer sobre los intentos por comprender un problema? ¿Es respetuoso hacia las personas trans no hablar de estos asuntos [...] basándonos en la creencia de que las personas de la comunidad trans no están preparadas emocionalmente para debatir las afirmaciones intelectuales y políticas que hacen?" (Jensen, 2016).

Yo no utilizo el pronombre "ella" para describir a mujeres autodeclaradas, ni "él" para describir a hombres autodeclarados. Yo no creo que sea educado llamar a alguien algo que no es. Yo no llamaría Negra a una

persona blanca incluso si, como Rachel Dolezal, la mujer estadounidense que insistía en que era Negra, la persona quisiera ser llamada así.

Lo que está en juego en el conflicto transgénero no son solamente los "sentimientos" de personas individuales. Más bien, esta ideología anti-mujeres y anti-feminista está teniendo un impacto de gran alcance en la legislación que normaliza que los hombres pueden ser mujeres, habitualmente sin ningún input de las mujeres que se verían perjudicadas por la legislación. Desafortunadamente, allí donde la legislación sobre transgenerismo está en la agenda, la opinión pública va por detrás de las políticas públicas.

Se nos pide cada vez más que llamemos hombres a mujeres y mujeres a hombres, ajustando así nuestro lenguaje a los requisitos trans. Pero cuando la ideología de género se infiltra en el sistema legal, los pronombres ya no pueden tratarse simplemente como un asunto de educación, en particular cuando existe la evidencia que señala que las organizaciones pro-trans se están insinuando en la redacción de políticas de pronombres. En 2020, el Tribunal Supremo de la Columbia Británica (BC, por sus siglas en inglés) emitió una "directiva práctica" que estipulaba que se pediría a todas las partes que se presentasen al Tribunal que especificasen con qué pronombres querían ser referidos. "Bajo esta política, se requiere que cada persona declare sus pronombres cuando se presentan en el Tribunal, si se presentan de acuerdo con su sexo biológico o no". Si las personas que se presentan ante el Tribunal no especifican cuáles son sus pronombres, un secretario judicial o un juez les instará a decirlos (Litzcke, 2021).

Se presentó la política como una iniciativa de promoción de "comportamiento inclusivo, pero suena más a "comportamiento impuesto". No se había contado con la aportación del Colegio de Abogados de BC y solo había participado en la redacción de la ley un grupo de abogados pertenecientes al Comité de Orientación Sexual e Identidad de Género (SOGIC, por sus siglas en inglés). El tribunal "desarrolló la política con la ayuda de SOGIC", que luego funcionaron como persona de contacto con los medios de comunicación para la

política, convirtiéndose así en el brazo de relaciones públicas del tribunal. Cuando se le preguntó a la Presidenta del Tribunal Supremo de BC por las implicaciones de la política, respondió que los interesados deberían ir a SOGIC para obtener respuestas (Litzcke, 2021).

Como señala la periodista Karin Litzcke: "En más de una ocasión, algún juez ha utilizado pronombres masculinos para referirse a chicas cuyo cambio de sexo era precisamente el asunto que se juzgaba. ¿Para qué llevar a cabo un procedimiento judicial si el mismo lenguaje del juez indica que ya ha decidido el resultado?" (Litzcke, 2021). Estos cambios están teniendo lugar en un contexto más extenso de fallos judiciales que se resolvieron en favor de niñas y niños que querían transicionar contra los deseos de sus madres y padres, y "plantea la cuestión de si los tribunales están siendo cooptados por un movimiento ideológico cuyos dictados sirven ahora para superar los principios del derecho" (Litzcke, 2021).

En la ciudad de Nueva York se puede multar a una empresa o a un empleador por "usar los pronombres equivocados" repetidamente de personas trans-identificadas (New York City, 2002). Pero se puede llamar a una mujer "intencional y repetidamente" "puta" o "zorra" y no se aceptará ni se codificará como el discurso de odio que realmente es.

La Comisión de Derechos Humanos de Ontario, Canadá, aprobó una política en 2014 que decía: "Negarse a referirse a una persona trans por su nombre escogido y el pronombre personal que encaje con su identidad de género, o hacer *misgender Código*, incluyendo lugar de trabajo, vivienda y servicios como la educación" (Ontario Human Rights, 2014).

Aunque las mujeres no tenemos derechos similares cuando nos llaman deliberadamente "mujeres cis", "menstruadoras", "agujeros frontales", "personas con cervix" y "no-hombres". Defendemos un *feminismo sin modificar*, como escribió Catharine MacKinnon (1987), aunque a día de hoy no parezca aceptar que el "feminismo sin modificar" deba apoyarse

sobre los hombros de “mujeres sin modificar”, es decir, mujeres que se niegan a ser definidas por los hombres.

En organizaciones progresistas, la violencia contra los hombres que se identifican como mujeres ha logrado captar mucha atención. No es sorprendente, ya que los asuntos de los hombres –desde los deportes masculinos hasta los hombres que se declaran mujeres– suelen ser objeto de gran atención por parte del público y reciben grandes recursos, mientras que los asuntos de las mujeres históricamente se han suspendido en el fondo. Los hombres que se identifican como mujeres ahora están capturando un puesto protagonista en la historia de las mujeres.

Violencia contra las personas trans-identificadas

Cuando le dije a una compañera que estaba escribiendo un capítulo del libro sobre la violencia masculina sobre las personas trans-identificadas, pensó que me refería a la violencia dirigida hacia los trans-identificados mujeres (hombres). Ella está entre el personal de un centro de violencia doméstica, y la mayoría de las víctimas trans a las que ella ayuda son hombres que se identifican como mujeres. Ella ve lo mal que tratan a las mujeres (hombres) trans, pero nunca la he oído mencionar la dramática situación de violencia que vive cualquier mujer que se identifique como “hombre trans”.

Durante cinco años, la Campaña por los Derechos Humanos (HRC, por sus siglas en inglés) ha registrado incidentes de “violencia mortal anti-transgénero”. Pero estos incidentes no registran la violencia y la explotación sexual que experimentan las mujeres que se identifican como hombres, solo registran la violencia contra los hombres que se identifican como mujeres. El informe de 2020 de la HRC documenta que 37 personas transgénero o de “género no binario” fueron brutalmente asesinadas, la mayoría de las cuales eran autoidentificados mujeres Negras y Latinas (hombres) (Human Rights Campaign, 2020a). Sospecho que la violencia dirigida hacia las mujeres que se identifican como hombres o como género no binario es un tema delicado, ya que la mayor parte de la violencia es

perpetrada por hombres trans-identificados o de género no binario que simpatizan con grupos LGBT+.

En Portland, Oregón, la periodista Monica Roberts preguntó sobre los asesinatos hacia personas trans en su comunidad, "¿quién está asesinando a estas mujeres y por qué?". Paige Kreisman, un político de Portland que se identifica como mujer, halló que estos asesinatos no eran crímenes de odio aleatorios en los que bandas de fascistas errantes tratan de asesinar a "mujeres trans", sino que "estadísticamente hablando, los perpetradores más habituales de violencia contra las mujeres trans son sus parejas domésticas [...], los agresores a veces son conscientes de que su pareja es trans; alegar "pánico trans" puede ser una forma de evitar admitir que se sintieran atraídos a sabiendas por otro hombre que se identifica como mujer trans". La mayoría de las "mujeres trans" que Kreisman conocía habían sido asesinadas por hombres que sabían que eran trans (Woodstock, 2020).

Al leer este artículo de las noticias de Portland y el informe de la HRC, quería saber dónde está el reconocimiento de la HRC en cuanto a la violencia contra las mujeres que se identifican como hombres. Miré en la página web de la HRC y navegué por los informes anteriores de la organización. Nada. Hice una búsqueda avanzada de la violencia contra "hombres trans" pero no pude encontrar ninguna mención a esta violencia, aunque me aparecían constantemente artículos con informes sobre violencia contra "mujeres trans".

Con la ayuda de blogs críticos con el género, encontré páginas web que amenazaban con ataques crueles y violentos hacia las mujeres, algunas de las cuales eran lesbianas y no conformes con el género, y algunas de ellas se identificaban como hombres trans. Una activista lesbiana me presentó a un conjunto de testimonios de mujeres que se habían movido en círculos LGBT+ en el pasado, y la magnitud de explotación sexual de las mujeres en esas comunidades era perpetrada mayoritariamente por hombres que se identificaban como mujeres, "lesbianas trans", genderqueer o género no binario. La explotación sexual incluía violaciones, agresiones sexuales y otras formas de violencia sexual. La

activista, hablando como superviviente de violencia masculina perpetrada por hombres que se identifican como mujeres, describió la presencia persistente de violencia masculina en círculos LGBT+. Muchas supervivientes de esta marca particular de violencia masculina han publicado sus valientes relatos en un libro reciente titulado *You Told Me You Were Different: An Anthology of Harm* (Kitty Robinson, ed, 2021).

Dado que son hombres de grupos LGBT+ que se identifican de alguna forma como mujeres quienes ejercen violencia contra mujeres, parece ser esta una razón por la que oímos tan poco sobre esta violencia y explotación sexual, y puede explicar por qué grupos como la Campaña por los Derechos Humanos no la tocan.

La violencia contra las mujeres por parte de hombres que se identifican como mujeres, u hombres de género no binario, es el pequeño secretito del movimiento trans, donde los testimonios de las mujeres están sometidos al código de omertá, un código de silencio y secretismo que prohíbe a las y los integrantes traicionar a sus "hermanos".

Las supervivientes de esta violencia han denunciado que las mujeres que rompen esta regla de silencio sobre la violencia de los hombres contra las mujeres son perseguidas por la acusación de que están "contribuyendo al mito de las mujeres trans como depredadoras", si hablan sobre la violencia que han sufrido. Se les dice, "incluso aunque sea cierto [...] no deberías decirlo" (Kitty Robinson, 2021, pág. vii), una flagrante renuncia a la responsabilidad moral. La violencia endémica contra las mujeres en estos grupos está cubierta por la "apología a la violación" que la excusa.

En el libro *You Told Me You Were Different: An Anthology of Harm*, la editora escribe sobre esta "poderosa táctica de silenciamiento, que mantuvo a la mayoría de nosotras en silencio y atrapadas durante mucho tiempo", junto con la carga de que las víctimas estaban contribuyendo a las muertes de las mujeres autodeclaradas –"asesinando a las mujeres trans"– si hablaban sobre estos crímenes. "Cuando alguien que ha sido víctima de una persona trans varón cree que las personas trans varones son las más estigmatizadas, oprimidas y en riesgo de toda la tierra, el acto

de quedarse en silencio en cuanto a tu abuso se posiciona como la única opción moral buena" (Kitty Robinson, 2021, pág. viii).

Amplificando las voces de las supervivientes de violencia masculina contra las mujeres

Ahora están transicionando cada vez más niñas en vías de convertirse en hombres trans-identificados. Sin embargo, la cifra de desistidoras y detransicionadoras es también mayor en niñas y mujeres jóvenes que han rechazado su estatus trans, y muchas han escrito elocuentemente sobre ello. En diversas páginas web y en algunos valientes libros, las mujeres que antes se identificaban como "hombres trans" hablan de forma conmovedora sobre esta ruptura con ellas mismas y con otras mujeres, de su escape de la feminidad obligatoria, de sus abusos y agresiones sexuales, de la misoginia que experimentaron mientras crecían y de su viaje hacia la recuperación de la mujeridad (ver Max Robinson, 2021, y Capítulo 3).

De la misma forma que el movimiento #MeeToo ha hecho que los hombres se responsabilicen de sus abusos hacia las mujeres, las personas con principios tienen la responsabilidad de hacer que los autodeclarados mujeres se responsabilicen de su horrible comportamiento. Hay trans-identificados mujeres que han sido honestos y se han articulado declarando inequívocamente que no son mujeres, y separándose de las pretensiones de mujeridad expresadas por un gran segmento de la comunidad trans. Desafortunadamente, esto no cambia el hecho de que hay un número cuantioso de autodeclarados mujeres y sus aliados/as, que atacan a las mujeres con el lenguaje más despiadado, y que quieren borrar a la "mujer" eliminando la palabra de cualquier grupo u organización que incluya la palabra "mujer" en el título o en su declaración de intenciones.

Uno de los objetivos de este libro es amplificar las voces de las mujeres que han sido dañadas por el doblepensar del transgenerismo y reconocerlas como supervivientes de violencia sexual masculina, la mayoría de las cuales se identificaban como hombres trans, género no binario o *queer*.

Los testimonios de las supervivientes que han sido sexualmente explotadas, violadas y violentadas han sido cruciales para otros movimientos como el movimiento feminista contra la trata y abolicionista de la prostitución. Las supervivientes son las voces autorizadas de las mujeres que han sido dañadas por la ideología transgénero, sus prácticas y una descarada violencia sexual.

Cuando no han sido censuradas, las páginas web, los blogs, los comunicados de prensa y artículos que representan las experiencias de las supervivientes han sido claves para el reconocimiento público. En su escritura y su activismo, las supervivientes de la violencia trans contra las mujeres exponen la verdad sobre la industria transgénero. Ellas, más que nadie, pueden desenmascarar los mitos sobre una industria que está dañando gravemente a las mujeres y a las niñas/os. Las supervivientes están empezando a hablar en público individual y conjuntamente para desafiar las ortodoxias del imperio transgénero.

El lenguaje utilizado en este libro

Al hablar de la formulación que utilizo para referirme a quienes se identifican como trans, no quiero convertirme en un zar del lenguaje comparable a la policía de los pronombres trans. En *El Imperio Transexual* creé el término "de hombre a mujer construida" para ilustrar la fabricación de las identidades trans. Sin embargo, a pesar de tener mucho de verdad, este término resultó ser poco manejable y no se desliza fácilmente de la lengua, o del teclado.

En algunos lugares del libro elijo los términos "transicionadores/as" o "hombres o mujeres trans-identificados/as" o "mujeres con cuerpo de hombre" u "hombres con cuerpo de mujer", y juzgo cuáles son más apropiados y aportan más claridad en la escritura. En otros lugares donde el sexo no está claro, añado en paréntesis el sexo natal de la persona, por ejemplo "mujer trans-identificada" (hombre).

Utilizo muy raramente los términos "personas trans", "mujer trans" u "hombre trans", porque estas palabras implican que el proceso de transicionar es una transformación *real* de un sexo a otro. Sirven para

legitimar la ideología trans. Utilizo estos términos en las citas. Y debido a que la mayoría de personas aún utiliza estos términos, los conservo en algunos contextos para disminuir la confusión.

Estoy a favor de la honestidad crítica de términos como “mujer autodeclarada” u “hombre autodeclarado”, que desafían las afirmaciones trans de haber “nacido en el cuerpo equivocado” y describen más claramente la autoafirmación que tiene lugar al transicionar. Y donde se justifica un término más largo, escribo “hombres que se identifican como mujeres”. Pero no os preocupéis, no voy a “mal-llamar” a nadie si, por alguna razón, elige utilizar otros términos.

Y yo uso los términos “crítica del género”, “abolicionista del género” y “disconforme con el género”.

En el libro *1984*, George Orwell se refirió a la manipulación del lenguaje en la distópica tierra de Oceanía como “neolengua”, la fundación del *doblepensar*. Su protagonista, Winston Smith, explicaba: “El doblepensar significa sostener simultáneamente dos creencias contradictorias en la mente [...] Decir mentiras deliberadas mientras se cree genuinamente en ellas [...] negar la existencia de la realidad objetiva [...]” (Orwell, págs. 176-77). Esta es la situación en la que muchos creyentes/incrédulos de las doctrinas trans se encuentran actualmente, mientras se enfrentan a un lenguaje que ha corrompido la realidad y a una industria de género que la sustenta.

¿Por qué no podemos tener una conversación informada y honesta en instituciones públicas como bibliotecas y universidades en lugar de demonizar a las críticas feministas radicales y a otras que no se someten a la neolengua? No podemos tener ninguna conversación cuando un lado – el que ha disentido del transgenerismo – ha sido etiquetado de transfóbico antes de que la disidente empiece a hablar, o es censurado por las instituciones públicas cuyo deber es fomentar la libertad de expresión. Los activistas trans parecen tener miedo de debatir.

¿Por qué las editoriales son reacias a publicar artículos y libros críticos con el transgenerismo cuando fomentar el pensamiento crítico forma parte de su trabajo? En Estados Unidos el registro muestra que son pocas las críticas al transgenerismo que llegan al mercado de libros y a los medios de comunicación importantes, como *The New York Times*, y apenas se encuentran incluso en revistas progresistas y en mercados de libros universitarios. Así, las/os lectoras no son conscientes de la oposición sustancial a la ideología y asuntos transgénero, el abuso, el acoso y la violencia que se han alcanzado, y qué está en juego si ahora cualquiera puede autodeclarar su sexo.

Debido a que los activistas trans están promoviendo principalmente los derechos de los hombres a identificarse como mujeres, gran parte del movimiento trans se está convirtiendo rápidamente en parte del movimiento general por los derechos de los hombres. Los grupos "translésbicos" que demonizan a las lesbianas por rechazar sus insinuaciones sexuales pueden compararse con el movimiento incel, un grupo de apoyo para hombres insatisfechos que culpan a las mujeres por su estado de soltería al que llaman "celibato involuntario", uno de las ciberculturas más peligrosas de internet.

El público en general no comprende bien el transgenerismo. Pocas personas son conscientes de lo que implica la "reasignación" quirúrgica y de lo que le está ocurriendo a la infancia, entre la que se encuentra un número cada vez mayor de niñas que son "tratadas" en clínicas de identidad de género por supuesta disforia de género, con bloqueadores de la pubertad y tratamientos hormonales para cuando empiecen la pubertad. La mayoría de personas no saben que hay un debate internacional, especialmente en cuanto a la medicalización de niñas y niños que dicen que han "nacido en el cuerpo equivocado".

Puede que las/os espectadoras experimenten una preocupación genuina por las personas jóvenes que batallan con sus identidades de género, y hay quienes pueden creerse la propaganda trans de que solo la medicación puede salvar a las personas jóvenes de un destino peor, como el suicidio, pero no son conscientes de las consecuencias de una ideología

e industria del transgenerismo desbocadas. La persona de a pie no entiende tampoco el coste de legalizar la autoidentificación. Las madres y los padres no están al tanto de los planes de estudio en los colegios de sus hijas e hijos que "afirman" su nueva identidad de género y les facilitan el tratamiento hormonal sin el consentimiento marental/parental.

En este libro he tratado de representar las facetas del asunto del transgenerismo de las que muchas personas pueden no ser conscientes. Sospecho que la mayoría de la gente no lee los diversos blogs que están concienciados con estos asuntos. Aunque mucha de esta información sea familiar para las feministas y otras personas que han estado en desacuerdo desde hace tiempo con las ortodoxias transgénero, necesitamos difundir lo esencial de la crítica feminista a una red más amplia de personas que puedan entender lo que está en juego en este conflicto.